

Personificación del Buen Samaritano

Por Arzobispo John C. Wester

People of God, marzo 2017

En estas últimas semanas, hemos visto el debate sobre la inmigración en nuestro país alcanzar nuevos niveles de intensidad emocional, una intensidad que a menudo crea más ardor que luz. En respuesta a las órdenes ejecutivas del presidente respecto a inmigrantes y refugiados que entran a los Estados Unidos, así como los que ya están aquí, algunos están jubilosos, mientras que otros están temerosos y aun otros confusos. Las conversaciones que he oído, frecuentemente giran alrededor de la preocupación del imperio de la ley, el temor de los recién venidos que traerán actos de terrorismo a nuestra tierra y el deseo de proteger y preservar nuestra forma de vivir. Estos asuntos no son sin importancia, pero si están llenos de complejidad y no tienen soluciones fáciles. Por más de 10 años, he hablado y escrito sobre estos temas, exponiendo las enseñanzas de la iglesia católica de recibir al extranjero entre nosotros con brazos abiertos. Al estudiar estos asuntos, estoy convencido que podemos construir puentes, no muros, que podemos mantener nuestro país seguro y nuestra cultura intacta y que sí podemos encontrar el camino hacia una reforma comprensiva de las leyes de inmigración que respeten la ley y, al mismo tiempo, seguir dando la bienvenida a aquellos que llegan a nuestras fronteras, esos que a menudo huyen de la violencia, persecución y duras penas.

Con toda honestidad, cuando me encuentro “predicando al coro,” hay gran acuerdo con mi posición y cuando estoy hablando con aquellos que mantienen una opinión completamente distinta, mis hechos, cifras y estadísticas hacen poco para cambiar corazones. Lo que cambia corazones es contar la historia humana, encontrando el corazón de otro y poniéndole rostro a los hechos, cifras y estadísticas. Además, lo que cambia corazones es el evangelio y esa es mi tarea primaria: proclamar el evangelio, “dentro y fuera de temporada,” para que la luz de Jesucristo ilumine nuestras conversaciones en los debates sobre inmigración.

En ese sentido, he estado orando sobre la parábola de Nuestro Señor del buen samaritano (**San Lucas 10:29 a 37**). Se me ocurre que el sacerdote, el levita y el samaritano tuvieron que decidir, en la luz de las leyes de la época, si ayudar o no a la víctima que los asaltantes dejaron medio-muerto, el temor genuino de involucrarse en un episodio violento y el deseo de mantener su calidad de vida sin arriesgar su buena reputación, sus bienes personales y su tranquilidad de espíritu.

En el tiempo de Jesús, las leyes religiosas gobernaban todo aspecto de la vida de las personas. Había leyes de purificación que prohibían tocar un cadáver y asociarse con personas de otros grupos étnicos. El sacerdote y el levita podían haberse hecho impuros tocando a la víctima y el samaritano podía también hacerse impuro si la víctima era judía. Además, era peligroso involucrarse en estos tipos de situaciones. Los caminos estaban llenos de salteadores y personas sin escrúpulos. Y si paraban a dar auxilio a la víctima, podían ser acusados por su familia de ser los bandidos. Había grandes riesgos en ofrecer ayuda en tales circunstancias. De hecho, era mucho más fácil simplemente seguir adelante. ¿Para qué arriesgar la seguridad de sus vidas, y gastar su bien-ganado dinero en un desconocido? ¿Porqué no solamente cuidarse uno mismo y evitar problemas? En otras palabras, Jesús está completamente enterado de las leyes, temores y deseos para la auto-preservación que los tres viajeros tenían que tomar en cuenta. El Señor sabía que sus oyentes probablemente estuvieran de acuerdo en que el sacerdote y el levita estaban dentro de sus derechos - y aun siendo prudentes - en seguir su camino. Imagínense su gran sorpresa cuando Jesús dijo que el samaritano había parado y ayudado a la víctima. Y para hacer la cosa más dramática, era un samaritano, el odiado enemigo de los judíos, quien ofreció auxilio. ¿Y por qué? Porque tuvo compasión para el desafortunado. Jesús dijo que el samaritano fue conmovido con compasión. Conmovido más allá de las limitaciones de la ley, la parálisis del miedo y el ahogo del interés egocéntrico, para ayudar al ser humano en necesidad. Jesús, de ninguna manera está descartando la ley, el temor, el deseo de seguridad. Más bien, nos da un ejemplo para imitar el corazón de compasión que de alguna

manera convierte a un hombre que pasaba, en un prójimo. El Señor no está revocando la ley, ablandando el temor o disminuyendo el deseo por auto preservación. Mejor dicho, el Señor nos está dando una nueva ley, una nueva libertad, una nueva manera de vivir que tiene su fundación en el amor y la compasión. Llega la hora en que tenemos que actuar heroicamente por compasión. Leyes justas, temores apropiados e interés informado propio, sirven un propósito válido en nuestra vida cotidiana. Pero la compasión nos permite movernos más allá de la norma y poder seguir una ley más alta que elimina temores y encuentra una nueva vida en rendir nuestros intereses propios poniéndonos últimos y a otros primero.

El Señor nos dice que el samaritano se convirtió en el prójimo de la víctima. Siguió su corazón y por medio de sus acciones de misericordia comprobó ser ese prójimo. De eso se trata el discipulado, de actuar con amor y compasión a todo momento, especialmente cuando nuestros compañeros seres humanos nos llaman en su necesidad. Entiendo que nuestro país está enredado en un debate feroz sobre este tema. El debate tiene un sinnúmero de elementos, pero hay uno que nunca puede estar ausente: la compasión. Así como todos ejercemos gran pasión en defensa de la santidad de la vida humana desde la concepción hasta la muerte natural, también podemos mantenernos hombro a hombro con nuestros hermanos y hermanas que buscan vivir. Sus vidas son sagradas y tenemos que hacer todo lo posible para protegerlos de los varios desafíos que enfrentan.

Encuentro irresistible que Jesús contó la parábola del buen samaritano en respuesta a la pregunta del joven abogado, “¿Quién es mi prójimo?” Para el Señor, la respuesta va más allá de legalidades, temores e interés egocéntrico. Mejor dicho, tiene que ver con la preeminencia de la compasión. “Ve, y haz tú lo mismo” le dice Jesús al joven abogado. En otras palabras, se compasivo. Podemos debatir todo lo que queramos, pero si no tenemos compasión, entonces no hemos comprendido en absoluto el punto.

Parábola del buen samaritano (San Lucas 10: 25 a 37): Un maestro de la Ley, que quería ponerlo a prueba, se levantó y le dijo: “Maestro, ¿Qué debo hacer para conseguir la vida eterna?” Jesús le dijo: “¿Qué está escrito en la Escritura? ¿Qué lees en ella?” El hombre contestó: “*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo.*” Jesús le dijo: “¡Excelente respuesta! Haz eso y vivirás.” El otro, que quería justificar su pregunta, replicó: “¿Y quién es mi prójimo?” Jesús empezó a decir: “Bajaba un hombre por el camino de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos, que lo despojaron hasta de sus ropas, lo golpearon y se marcharon dejándolo medio muerto. Por casualidad bajaba por ese camino un sacerdote; lo vio, tomó el otro lado y siguió. Lo mismo hizo un levita que llegó a ese lugar: lo vio, tomó el otro lado y pasó de largo. Un samaritano también pasó por aquel camino y lo vio; pero éste se compadeció de él. Se acercó, curó sus heridas con aceite y vino y se las vendó; después lo montó sobre el animal que traía, lo condujo a una posada y se encargó de cuidarlo. Al día siguiente sacó dos monedas y se las dio al posadero diciéndole: “Cuídalo, y si gastas más, yo te lo pagaré a mi vuelta.” Jesús entonces le preguntó: “Según tu parecer, ¿Cuál de estos tres fue el prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores?” El maestro de la Ley contestó: “El que se mostró compasivo con él.” Y Jesús le dijo: “Vete y haz tú lo mismo.”